

sia lo que iba á decir; pero no pudieron hablarse mas en toda la noche, porque no los dejaron solos ni un instante.

Jamas ninguna tragedia causó semejante efecto en Italia. Los Romanos ponderaban con embeleso la traduccion, la pieza y la actriz: decian que aquella era verdaderamente la tragedia propia de los Italianos, la que pintaba sus costumbres, conmovia su alma cautivando su imaginacion, y hacia lucir su hermosa lengua con un estilo, ya elocuente, ya lírico, inspirado y natural. Corina recibia todas aquellas alabanzas con aire de dulzura y de gratitud; pero su alma habia quedado pendiente de aquel *juro...* que Osvaldo habia pronunciado, y la llegada de las gentes inturrumpió; en efecto, aquella palabra podia contener el secreto de su destino.

LIBRO OCTAVO

LAS ESTATUAS Y LAS PINTURAS

CAPITULO I

No pudo Osvaldo, despues del dia que acababa de pasar, cerrar los ojos en toda la noche. Jamas se habia visto tan próximo á sacrificarlo todo á Corina, y ni siquiera pensaba preguntarle su secreto, ó por lo ménos se proponia, ántes de saberle, hacerle solemne promesa de consagrarle sus dias. Durante algunas horas se le figuraba que se desvanecia de su ánimo toda duda, y se agradaba en componer en su imaginacion la carta que al dia siguiente decidiria de su suerte, pero tanta confianza en la felicidad,

tanta quietud en su resolucion, no duraron mucho tiempo. Presto le volvieron sus pensamientos hácia lo pasado; acordóse de que, habia amado, mucho ménos, á la verdad, que amaba á Corina, y á un objeto indigno de compararse con ella; mas al fin la pasion le habia inducido á acciones inconsideradas, á acciones que despedazaron el corazon de su padre. — ¡Ah! ¿quién sabe, exclamó, quién sabe si no temeria tambien que su hijo olvidara su patria, y las obligaciones que ella le impone?

¡Oh tú, dijo, hablando con el retrato de su padre; tú, el mejor amigo de cuantos tendré jamas en la tierra, ya no me es dado oír tu voz; mas dime con ese mirar callado, tan poderoso todavía en mi alma, dime qué debo hacer para darte en el cielo alguna satisfaccion de tu hijo; empero no olvides esta necesidad de ventura que consume á los mortales, y sé indulgente en tu mansion gloriosa como lo fuiste en la tierra. Haréme mejor si soy dichoso algun tiempo, si vivo con esta criatura angelical, si logro el honor de proteger y salvar á una mujer como ella. — ¿Salvarla? repuso de improviso; ¿y de qué? ¿de una vida que la agrada, de una vida de obsequios, de triunfos, de independenciam! — Esta reflexion nacida de su propio seno le asustó cual si fuera una inspiracion de su padre.

¿Quién no ha sentido, en la lucha de las pasiones, cierta oculta supersticion, que nos hace mirar nuestros pensamientos como un presagio, y nuestro

padecer como un aviso del cielo? ¿Qué guerras hay en las almas capaces de pasion y de conciencia!

Paseábase Osvaldo por su aposento en una agitacion cruel, parándose de cuando en cuando á mirar la luna de Italia tan serena y tan hermosa. El aspecto de la naturaleza enseña la resignacion; pero no puede vencer la incertidumbre. Vino el dia hallándose en aquel estado, y cuando el Conde de Erfeuil y Mr. Edgermond entraron á verle, se sobresaltaron, ¿tanto le habian alterado los afanes de la noche! El Conde de Erfeuil rompió primero el silencio. — Es fuerza confesar, dijo, que el espectáculo de ayer era delicioso: Corina es un portento; y aunque se me escapaban la mitad de las palabras, lo adivinaba todo por sus acentos y por su fisonomia. ¡Qué lástima que una habilidad semejante esté en una persona rica! porque si fuese pobre, podria salir al teatro, y una actriz como ella seria el honor de Italia. Osvaldo sintió una impresion desagradable de estas palabras, y no sabia cómo manifestarla; porque el Conde de Erfeuil tenia la singularidad de que no era posible ofenderse con razon de lo que decia, aun cuando causaba un efecto poco grato. Solo las almas sensibles saben contemplarse mutuamente; el amor propio, tan delicado para sí mismo, casi nunca adivina la delicadeza de los demas.

Mr. Edgermond alabó á Corina en los términos mas propios y mas lisonjeros; y Osvaldo le respon-

dió en inglés para eludir los elogios desagradables del Conde de Erfeuil. — Me parece que estoy de mas aquí, dijo entónces él; voy á casa de Corina; sé que le gustará oír mis observaciones sobre su representacion de ayer, y tengo algunos consejos que darle sobre frioleras; pero las frioleras hacen mucho para el conjunto, y es en realidad una mujer tan pasmosa, que nada debe omitirse para que llegue á la perfeccion. — Ademas, dijo inclinándose hácia el oído del lord Nelvil, quiero enseñarle á representar tragedias con mas frecuencia, como medio seguro para ser esposa de algun extranjero de distincion que pase por aquí. Vos y yo, amado Osvaldo, no tendremos tal pensamiento; estamos harto hechos á ver mujeres hermosas para que nos induzcan á hacer un desatino; pero ¿quién sabe si un príncipe alemán? — Al oír esto se levantó Osvaldo fuera de sí, y no es fácil saber lo que hubiera sucedido, si el Conde de Erfeuil advirtiese su movimiento; mas habia quedado tan satisfecho de su última reflexion, que habia salido ligeramente y en puntillas, muy ajeno de presumir que hubiese agraviado á lord Nelvil; si lo hubiera sabido, aunque le amaba cuanto podia amar, sin duda alguna se hubiera mantenido allí. El brillante valor del Conde de Erfeuil contribuia, mas que su amor propio, á alucinarle sobre sus defectos; porque como era justamente delicado en cuanto pernecia al honor, no discurría pudiese dejar de serlo en lo rela-

tivo á la sensibilidad; y creyéndose, con razon, amable y valiente, se aplaudia de su suerte, y no pensaba que hubiese nada mas profundo en la vida.

Ninguno de los sentimientos que agitaban á Osvaldo se habia ocultado á Mr. Edgermond, y luego que salió el Conde de Erfeuil, le dijo: — Amigo Osvaldo, parto, voyme á Nápoles. — ¿Y por qué con tanta precipitacion? — Porque no estoy bien aquí, prosiguió Mr. Edgermond: tengo cincuenta años, y con todo no afirmo que Corina no me hiciese perder el juicio. — Y si le perdiéseis, interrumpió Osvaldo, ¿qué os sucederia? — Una mujer como ella no es á propósito para vivir en el país de Gáles, repuso Mr. Edgermond: creedme, Osvaldo querido, para Inglaterra no hay mas que Inglesas, no dabo daros consejos, ni necesito aseguraros que callaré lo que he visto; pero, sin embargo de ser Corina tan amable, pienso como Tomas Walpole, ¿qué se hace de eso en casa? Y la casa, ya lo sabeis, es todo entre nosotros, á lo ménos para las mujeres: ¿os figurais á vuestra hermosa Italiana sola, miétras vos vais á caza, ó al parlamento, y dejándoos á los postres para ir á preparar el té, cuando os levanteis de la mesa? Osvaldo, nuestras mujeres tienen virtudes domésticas, que no hallareis en ninguna otra parte: los hombres en Italia no tienen que hacer sino dar gusto á las mujeres; así, cuanto son mas amables estas, mejor; pero en nuestra pa-

tria, donde tienen los hombres una carrera activa, es preciso que las mujeres estén á la sombra, y fuera gran lástima poner en ella á Corina; deseaba verla en el trono de Inglaterra; mas no bajo mi humilde techo. Milord, conocí á vuestra madre, á quien vuestro respetable padre lloró tanto; era en todo parecida á mi jóven prima, y así buscara yo una mujer, si estuviera en edad de escoger, y de inspirar amor. Adios, amigo mio, no os incomodeis por lo que os he dicho, porque nadie admira mas que yo á Corina, y acaso, si tuviera vuestros años, no renunciaria á la esperanza de agradarle. — Acabando estas palabras, tomó la mano de lord Nelvil, la apretó cordialmente y fué, sin que Osvaldo le respondiese cosa alguna. Pero Mr. Edgermond comprendió la causa de su silencio, y satisfecho de aquel movimiento con que la mano de Osvaldo habia correspondido al suyo, partió tambien ansioso de terminar una conversacion que le afligia.

Solo una palabra de cuanto dijo habia llegado al corazon de Osvaldo: la memoria de su madre, y del tierno cariño que su padre le habia tenido. Perdióla á los catorce años; mas se acordaba con profunda veneracion de sus virtudes, y del carácter tímido y modesto de ellas. — ¡Insensato! exclamó, luego que se halló solo, quiero saber cuál es la esposa que mi padre me destinaba; ¿no lo sé, pues está en mi mano representarme la imágen de mi madre, á quien tanto amó? ¿qué mas pretendo? ¿y por qué me engaño

yo mismo, fingiendo ignorar lo que pensaria ahora si pudiese pedirle consejo? — No obstante era cosa terrible para Osvaldo volver á casa de Corina, despues de lo sucedido el dia ántes, y no decirle cosa alguna que confirmase los sentimientos que le habia manifestado. De tal manera crecieron su agitacion y su pena, que le volvió un accidente de que ya pensaba estar curado; volviése á romper el vaso que se habia cicatrizado en su pecho, y en tanto que sus sirvientes sobresaltados buscaban auxilios por todos lados, él deseaba secretamente que terminasen sus pesares con su vida. — ¡Si pudiese espirar, decia, despues de haber visto á Corina, despues de oirla llamarme su Romeo! — Y se le saltaron las lágrimas, las primeras que le arrancara otro dolor desde la muerte de su padre.

Escribió á Corina el accidente que le detenia en casa, y acabó su carta con algunas palabras llenas de melancolía. Con bien diferentes presentimientos habia visto Corina aquel dia la luz primera; gozabase en la impresion que habia causado á Osvaldo, y presumiéndose amada, era venturosa, porque no sabia con claridad lo que deseaba. Mil circunstancias la hacian mirar con temor la idea de ser esposa de lord Nelvil, y como su carácter era mas apasionado que prudente, dominada de lo que sentia, y poco atenta á lo venidero, aquel dia que tantas penas debia costarle, amaneció á sus ojos como el mas puro y el mas apacible de su vida.

Al recibir el billete de Osvaldo, se llenó su corazón de un sobresalto cruel: creyóle en sumo peligro, y salió al instante, atravesando el *Corso*, á la hora en que todas las gentes se pasean por él, y entró en casa de Osvaldo á vista de casi toda Roma. No se habia parado á reflexionar, y caminaba tan veloz, que cuando llegó al aposento de Osvaldo, ya no podia respirar, ni decir una palabra. Lord Nelvil comprendió cuánto acababa de arriesgar por verle, y exagerando entre sí las consecuencias de aquella accion, que en Inglaterra hubiera arruinado absolutamente la reputacion de una mujer, y mas, de una mujer soltera, se sintió sobrecogido de la generosidad, del amor, y del reconocimiento; y levantándose, á pesar de su flaqueza, estrechó á Corina contra su corazón, y exclamó: — Dulce amiga, ¡no, no te abandonaré, al tiempo que te compromete tu pasión! cuando debo reparar... Comprendió Corina su idea, é interrumpiéndole al punto, y soltándose suavemente de sus brazos, le dijo despues de enterarse del estado de su salud, algo mejorada: — Os engañais, milord; en venir á veros no hago cosa alguna que no hiciesen en mi lugar la mayor parte de las mujeres de Roma. Supe estábais malo, sois extranjero, no conoceis mas que á mí en este pueblo; á mí me toca asistirlos. Los miramientos establecidos merecen mucho respeto, cuando solo ha de sacrificárseles nuestra propia persona; pero ¡no deben ceder á los sentimientos profundos y vivos

que excita el peligro, ó el dolor de un amigo? ¡Cuál seria, pues, la suerte de una mujer si esos mismos miramientos sociales permitiesen amar, y solo prohibiesen el movimiento irresistible que nos hace volar á favorecer al objeto de nuestro amor? Mas vos, lo repito, no temais que me haya comprometido por venir aquí; disfruto en Roma, por mi edad y por mis habilidades, la libertad de una mujer casada. No hago misterio á mis amigos de que he venido á vuestra casa; ignoro si desaprueban que os ame; pero estoy segura de que no llevarán á mal, que amándoos, sea consecuente y fina con vos.

Oyendo estas palabras tan naturales y tan sinceras, experimentó Osvaldo una mezcla confusa de diferentes impresiones; conmoviale la delicadeza de la respuesta de Corina; pero casi le incomodaba no fuese cierto lo que al principio habia pensado, porque habria deseado cometiese por él un gran yerro, para que él mismo pusiese término á sus vacilaciones imponiéndole la obligacion de ser su esposa. Consideraba con enfado la libertad de las costumbres de Italia, que prolongaba sus ansias, dejándole mucha ventura, sin precisarle á vínculo alguno; y deseaba que el honor le mandase lo que estaba anhelando. Estos pensamientos dolorosos le causaron otra vez peligrosos accidentes, durante los cuales Corina, sumida en la mas angustiosa zozobra, supo prodigarle mil cuidados llenos de dulzura y de atractivo.

Al anochecer, parecia que Osvaldo se hallaba mas agravado, y Corina, puesta de rodillas junto á su lecho, le sostenia la cabeza con sus brazos, aunque realmente sentia mas agitacion que él. Mirábala alguna vez con una impresion de felicidad en medio de su padecer, y por fin le dijo en voz baja : — Corina, leedme en ese manuscrito, donde están los pensamientos de mi padre, y sus reflexiones sobre la muerte. No discurreis, prosiguió advirtiéndolo el sobresalto de Corina, que yo presumo hallarme próximo á ella ; pero jamas estoy enfermo sin leer esos consuelos, que aun pienso escuchar de su boca ; ademas, quiero, amiga amada, haceros conocer á mi padre ; así comprendereis mejor mi pena, y su imperio sobre mí, y cuánto hago ánimo de confiaros un día. — Tomó Corina el manuscrito, que Osvaldo nunca apartaba de sí, y con voz mal segura leyó algunas páginas.

« Justos, queridos del Señor, vosotros hablareis sin temor de la muerte, porque no será para vosotros mas que una mudanza de morada, y la que dejareis es acaso la menor de todas. ¡ Oh mundos sin cuento, que llenais á nuestra vista la infinidad del espacio ! comunidades desconocidas de las criaturas de Dios, comunidades de sus hijos, derramadas en el firmamento, y ordenadas bajo sus bóvedas ! únense nuestras alabanzas con las vuestras ; ignoramos cuáles son, ignoramos vuestra primera, vuestra segunda, vuestra última parte en las generosi-

dades del supremo Ser ; mas hablando de la muerte y de la vida, del tiempo pasado, y del tiempo venidero, alcanzamos, llegamos á los intereses de todos los seres sensibles é inteligentes, sean cuales fueren los lugares y las distancias que las separen.

» ; Familias de los pueblos, familias de las naciones, conjuntos de mundos, vosotros decís con nosotros : ¡ Gloria al Señor de los cielos, al rey de la naturaleza, al Dios del universo, gloria y homenaje al que puede, solo con su voluntad, convertir la esterilidad en abundancia, la sombra en realidad, y la misma muerte en vida sin fin !

» ¡ Ah ! por cierto la muerte del justo es la muerte envidiable ; pero pocos de nosotros, pocos de nuestros ancianos la han presenciado. ¿ Dónde está el hombre que se presentaria sin temor á la vista del Eterno ? ¿ dónde está ese hombre que amó á Dios sin distraccion, sirviéndole desde su juventud, y que al llegar á una edad avanzada no encuentra en sus recuerdos motivo alguno de inquietud ? ¿ dónde está ese hombre moral en todas sus acciones, sin pensar nunca en la alabanza y en las recompensas de la opinion ? ¿ dónde está ese hombre, tan raro entre los hombres, ese ser tan digno de presentársenos por modelo ? dónde está ? dónde está ? ¡ Ah ! si existe entre nosotros, rodéenle nuestros respetos ; y pedid, hareis bien, pedid asistir á su muerte, como al mas hermoso espectáculo ; empero armaos de valor, á fin de seguirle atentamente en el lecho

de espanto, de donde ya no se alzar  mas.  l lo conoce con toda certeza, y reina en sus miradas la serenidad, y su frente parece ceñida de una aur ola celestial; dice con el apóstol : *s  en quien creó*; y aun anima esta confianza sus facciones, cuando sus fuerzas desfallecen. Contempla ya su nueva patria; pero sin olvidar la que va   dejar, es de su Criador y de su Dios, sin desechar de sí los sentimientos que hicieron hermosa su vida.

» Una esposa fiel debe, segun el órden de la naturaleza, ser la primera que vaya en pos de él; consuelala, enjuga sus lágrimas, y la cita para aquella morada de felicidad que no puede pintarse sin su compa a : acu rdale los dias venturosos que pasaron juntos, no para afligir el corazón de una amiga tierna, sino para aumentar su recíproca confianza en la bondad divina. Hace tambien memoria   la compañera de su fortuna de aquel amor tan entrañable que siempre le tuvo; no para fomentar las penas que deseara dulcificar, sino para gozar de la agradable idea que un mismo vástago llevaba dos vidas, y que por su union será quizá una defensa mas, una garantía en el l brego porvenir, donde la piedad de un Dios supremo es el postrer asilo de nuestros pensamientos.   Ay!   qu n puede formar idea exacta de todas las sensaciones de un alma sensible en aquel instante en que se presenta ante nosotros una inmensa soledad, en que van   desaparecer para siempre los sentimientos, y los intereses

de que subsistimos durante el curso de nuestros años mas bellos?   Ah! vosotros, que debeis sobrevivir   ese ser semejante   vos,   quien os dió el cielo por apoyo;   ese ser, qué era todo para vosotros, y cuyas miradas os dicen un horroroso adios, no os negareis   poner vuestra mano encima de su corazón desmayado,   fin de que os hable todavía la última palpitation cuando no exista ninguna otra voz.   Y seriais dignos de baldon, fieles amigos, si hubi eis deseado que vuestras cenizas se mezclasen, y que vuestras reliquias mortales se hallasen reunidas en el propio asilo?   Dios de bondad, despi rtalos juntos;   si uno solo debe ser del número de los escogidos, sepa el otro esta nueva; divise el otro el resplendor de los  ngeles en el momento de proclamarse la suerte de los justos, para que aun goce un instante de ventura ántes de caer en la noche eterna!

»   Ah! quizá nos perdemos cuando intentamos pintar los postreros dias del hombre sensible, del hombre que ve llegar la muerte con veloces pasos, y próxima   separarle de todos los objetos de su cariño,

» Ali ntase, y recobra un momento de vigor,   fin de que sirvan para enseñanza de sus hijos sus últimas palabras; y d celes : no os asusteis de asistir al próximo fin de vuestro padre, de vuestro antiguo amigo; la ley de la naturaleza le manda dejar ántes que vosotros esta tierra, donde vino primero : os mostrar  ánimo, y no obstante se ausente de vosotros con dolor. Hubiera, en verdad, deseado ayu-

daros mas tiempo con su experiencia, y dar todavía algunos pasos con vosotros por entre los peligros que rodean vuestra juventud; *pero la vida no tiene defensa cuando es preciso bajar al sepulcro*. Caminareis solos ahora, solos en medio de un mundo, de donde yo voy á desaparecer. ¡Plegue al cielo que recojais con abundancia los bienes que la providencia ha derramado en él! mas nunca olvideis que este mismo mundo es una patria pasajera, y que os llama otra de mayor duracion. Tal vez volveremos á vernos, y en alguna parte, á vista de mi Dios, ofreceré por vosotros en sacrificio mis ruegos y mis lágrimas. Amad la religion que tiene tantas promesas; amad la religion, ese último tratado de alianza entre los padres y los hijos, entre la vida y la muerte....; ¡Acercaos á mí!... que mis ojos os vean otra vez, y que caiga sobre vosotros la bendicion de un servidor de Dios... Espira...; Oh! ángeles del cielo, recibid su alma, y dejadnos en la tierra la memoria de sus acciones, la memoria de sus pensamientos, la memoria de sus esperanzas (1). »

Muchas veces interrumpió esta lectura la conmocion de Corina y de Osvaldo, y al fin hubieron de dejarla; Corina temia por Osvaldo viéndole llorar

(1) Estos pasajes son tomados del discurso *sobre la muerte*, que se halla en el *Curso de moral religiosa* de Mr. Necker, obra diferente de la intitulada: *Importancia de las opiniones religiosas*, y en sentir de su ilustre hija, la mas elocuente de cuantas ha escrito.

tan copiosamente; trastornábase del estado en que le consideraba, y no advertia que su turbacion era igual. — Sí, le dijo Osvaldo alargándole su mano, sí, querida amiga de mi corazon, tus lágrimas se han confundido con las mias: llórasle conmigo, lloras á aquel ángel tutelar, cuyo abrazo postrero siento todavía, cuyo noble mirar estoy aun viendo; acaso serás tú la escogida para consolarme; acaso... — No, no, exclamó Corina, no me ha creído digna. — ¿Qué decís? interrumpió Osvaldo. — Corina temió haber revelado lo que deseada ocultar, y repitió lo que acababa de escapársele, diciendo solamente; ¡no me creeria digna! — La mudanza de esta voz dispó la inquietud que la primera habia excitado en el pecho de Osvaldo, y prosiguió sin recelo hablando de su padre á Corina.

Llegaron los médicos, y la tranquilizaron algo, pero prohibieron absolutamente que lord Nelvil hablase hasta estar cerrado el vaso que se habia roto en su pecho. Pasaron seis dias enteros, durante los cuales Corina no se separó de Osvaldo, y le impidió que hablase, imponiéndole dulcemente silencio apénas intentaba decir una palabra. Sabia variar las horas con la lectura y la música, y á veces con una conversacion que mantenía sola, procurando animarse á sí misma con interes seguido, así en lo grave como en lo festivo: toda aquella gracia, todo aquel atractivo encubria la zozobra que interiormente la agitaba, y que era forzozo ocultar á

lord Nelvil; mas no se distraia de ella un momento. Advertia casi ántes que Osvaldo mismo lo que padecia, sin que bastase todo el esfuerzo con que procuraba disimularlo, para engañar jamas á Corina; al punto pensaba en lo mas á propósito para aliviarle, y se apresuraba á dárselo, cuidando de fijar su atencion lo ménos posible en el esmero con que le asistia. No obstante, cuando Osvaldo se demudaba, huia tambien el color de los labios de Corina, y temblaban sus manos al llevarle socorro; mas al punto procuraba volver en sí, y se sonreia, aunque tuviese los ojos llenos de lágrimas: tal vez apretaba contra su corazon la mano de Osvaldo, como si quisiera darle su propia vida, y por fin vió premiar sus cuidados: Osvaldo curó.

— Corina, le dijo, cuando ya le permitió hablar, ¿por qué Mr. Edgermond, mi amigo, no ha visto los dias que acabais de pasar junto á mí? ahora supiera que á par de admirable sois buena, supiera que la vida doméstica se compone con vos de encantos continuos, y que solo os distinguís de las demas mujeres para agregar á todas las virtudes el prestigio de todos los atractivos. No, basta; es ya forzoso que cese la guerra interior que me despedaza, la guerra que me ha tenido á la orilla del sepulcro. Corina, tú me oirás, sabrás todos mis secretos, tú que me callas los tuyos, y decidirás nuestra suerte. — Nuestra suerte, respondió Corina, si sentís como yo, es no separarnos nunca: ¿me creereis, empero,

si os digo que hasta ahora, á lo ménos, no me he atrevido á desear ser vuestra esposa? Lo que pasa en mí es harto nuevo: este sentimiento que me agita, y me domina cada dia mas, trastorna todas mis ideas de la vida, y todos mis proyectos paravenido: mas no sé si podemos, si debemos unirnos. — Corina, repuso Osvaldo, ¿me despreciais porque vacilé? ¿lo atribuí á viles razones? ¿no adivinásteis que el remordimiento profundo y doloroso que hace casi dos años me persigue y me roe, fué la única causa de mi perplejidad?

— Lo he conocido, sí, respondió Corina. Si sospechara en vos un pensamiento que no procediese de la ternura del corazon, no fuérais mi amado; pero sé que la vida no pertenece solo al amor, y que la costumbre, las memorias, las circunstancias, crean en torno de nosotros no sé qué lazos imposibles de romper aun á la misma pasion; si se rompieran un momento volvieran á formarse, y la yedra destruiria la encina. Querido Osvaldo, no demos sino lo que pide á cada época de nuestra vida: ahora solo necesito que no me abandoneis; el terror de una partida que pudiera ser improvisa, me persigue sin cesar: sois aquí extranjero; ningun vínculo os detiene en este suelo; y si os ausentais, perdilo todo, no me quedaria de vos mas que mi dolor. Esta naturaleza, estas bellas artes, esta poesia que gozo con vos, y ¡ay! ahora solamente con vos, todo enmudeceria para mi alma: despiértome siempre

despavorida, é ignoro, al ver esta hermosa luz, si acaso me engaña con sus resplandecientes rayos ; si vos, astro de mi vida, estais todavía aquí. Osvaldo, quitadme este terror, y no hallaré nada que desear en teniendo esa seguridad deliciosa. — Sabeis, replicó Osvaldo, que un Inglés jamas renuncia su patria, la guerra puede llamarme, y... — ¡ Dios mio ! exclamó Corina, ¿ intentais prepararme?... y todos sus miembros temblaban, como si se acercase al mas espantoso peligro. Pues bien, si es así, llevadme como esposa, como esclava... Pero volviendo en sí repentinamente, dijo : Osvaldo, no partireis nunca sin avisarme, nunca ; ¿ no es verdad ? Escuchad, no hay país alguno en que un reo se vea conducir al suplicio sin darle algunas horas para pensar en su suerte ; no ha de ser una carta, habeis de ser vos mismo quien venga á decírmelo, me avisareis y me oireis ántes de separaros de mí. — ¿ Y podré entónces?... — ¡ Qué ! ¿ vacilais en otorgarme lo que solicito ? exclamó Corina. — No, respondió Osvaldo, no vacilo, tú lo quieres ; júrolo, si es forzosa esa ausencia, os daré aviso, y aquel momento decidirá de nuestra vida. — Corina se fué despues de oir estas palabras.

CAPITULO II

En los dias siguientes á la enfermedad de Osvaldo, evitó Corina con sumo cuidado cualquiera ocasion de explicarse, porque deseaba suavizar cuanto estuviese en su mano la vida de su amigo ; pero no queria confiarle todavía su historia. Las observaciones que habia hecho conversando con él, la cercioraban demasiado de la impresion que debia causarle saber lo que era, y lo que habia sacrificado ; y ninguna cosa le daba mas miedo que aquella impresion capaz de separarla de su amor.

Valiéndose otra vez de la amable destreza de que solia usar para impedir que Osvaldo se entregase á sus apasionadas zozobras, quiso interesar de nuevo su entendimiento y su fantasía con los portentos de las bellas artes, que aun no habia visto, retardando por este medio el instante en que debia aclararse, y decidirse la suerte. En cualquiera otro sentimiento que el amor, fuera insoportable situacion semejante ; pero él da horas tan suaves, derrama tal encanto en cada minuto, que si bien necesita de un porvenir ilimitado, se embriaga con lo presente, y recibe un dia como un siglo de ventura ó de pena ; ¡ tan lleno está aquel dia de un sinfin de pasiones y de ideas ! ¡ Ah ! cierto, la eternidad solo puede